



YO SOY EL CERO

## YO SOY EL CERO

### L. Balbuena Castellano

Gracias a la actual tecnología, puedo, al fin, expresarme como humano y contarles así parte de mi apasionante vida. Comprenderán que no es sencillo, ya que me han ocurrido infinidad de cosas, aparte de todas las que se. Si algún día me decido a escribir mis memorias, conocerán Vds. detalles buenos y malos de muchos personajes de la Historia. Pero no es este mi objetivo ahora. Me propongo contarles, a grandes rasgos, los momentos más importantes de mi vida.

Nací en la India hace muchos siglos. No recuerdo la fecha exacta y tampoco en aquella época se registraban estas cosas. ¡Fíjense qué atraso!, un acontecimiento tan importante como mi nacimiento que no haya sido registrado por nadie... Lo que si recuerdo es que fue un anciano venerable, delgado, con larga barba, que hablaba con gran serenidad. Vivía con un grupo de discípulos a los que hablaba de cosas muy bellas. Estos le llamaban «Maestro». Uno de los temas favoritos de sus conversaciones y discusiones éramos nosotros, los números. Mis hermanos Uno, Dos, Tres..., Nueve nacieron antes que yo y, según me enteré despues, sin mayor dificultad. Cuando el Maestro recorría los dedos de su mano, uno a uno y llegaba al último, hacía un contenido gesto de rabia porque no sabía como designarlo. Todos los demás tenían nombre menos el último. Yo me desesperaba, pues conocía la solución y no podía comunicársela. El ignorarme era lo que le producía todos esos problemas.

El sabio maestro llevaba un tiempo sobre la pista correcta para resolverlo. El Había llegado a la conclusión de que todos los dedos formaban una unidad de orden superior (1) a la formada por un solo dedo, pero no daba con la forma de expresarlo ni con el símbolo adecuado.

Un día de primavera, después de tomar su ración cotidiana de bambues y saltamonte, se recostó bajo la sombra de un hermoso árbol que había cerca de su cabaña. Su mente continuaba dando vueltas insistentemente al

mismo problema. Sabía que no tardaría mucho en llagar a solucionarlo. Estaba seguro de ello y por esto su ansiedad crecía día a día. En medio de estas reflexiones, de repente se levantó sobresaltado. Con un paso nervioso y ligero dio varias vueltas al árbol mientras su mano recorría insistentemente la barba de arriba abajo diciéndose una y otra vez: «no puede ser, no puede ser!» ¡Menos mal, me dije yo, al fin se daba cuenta de mi existencia! Ya podrán comprender lo contento que me puse. Mis hermanos me felicitaban con efusión, porque también ellos comprendieron que acababa de darse un paso trascendental.

El maestro convocó a sus discípulos. Estos observaron aquella extraña luminosidad en su rostro, que ya conocían de otras veces y cayeron en la cuenta de que algo extraordinario tenía que haber ocurrido. Con mucha solemnidad y lentitud, el Maestro empezó a hablar, relatando su hallazgo. Si me colocaba a mi, decía, a la derecha de Uno, tenía la ansiada unidad de orden superior que tanto habían buscado; de esta manera, a través de Diez nació yo. Los discípulos admiraron profundamente aquél magno descubrimiento, felicitando al Maestro por haber dado con la solución del problema.

Durante los días que siguieron la actividad de aquel interesante grupo de hombres fue muy intensa. Tenían aun que resolver los pequeños problemas que quedaban planteados. Así, por ejemplo, cuando tenían diez unidades de este orden que acababan de descubrir, ¿Cómo representar esa cantidad?. Al principio hubo un poco de desánimo. El Maestro estaba tranquilo porque se daba cuenta que este problema era ya de menor envergadura y, en efecto, no tardó en dar con la solución: me colocarían dos veces a la derecha de Uno (2). Esto ya era demasiado, para mí. De ser un auténtico desconocido, me convertí en la pieza más importante de aquel rompecabezas.

Durante mucho tiempo no me moví de la India. El descubrimiento del Maestro se había extendido por todo el país con gran celeridad, gracias a la difusión que le dieron sus discípulos. A la cabaña del Maestro llegaban cada día grupos de sabios de todos los lugares. Venían a felicitarle y a tratar de resolver sus dudas.

Así transcurrieron varios siglos. Allá por el siglo VII, (u VIII, no estoy muy seguro), empezaron a llegar a la India unos individuos que venían desde muy lejos en camello, en busca de ciertos productos. Llegaron a conocernos, tanto a mi como a mis hermanos, pero pareció que no les impresionamos demasiado. Uno de ellos me llevó con él. Estuve mucho tiempo por aquellos desiertos, avanzando siempre hacia donde se oculta mi primo el sol. Después de éste fatigoso viaje, (quizás el peor de los que he hecho) metido y olvidado en una bolsa, llegué a una ciudad ciertamente bella. Había movimiento de humanos y camellos. Aquellos vestían unas largas túnicas y usaban turbantes en su cabeza. Todo era color, esplendor y riqueza.

El hombre que me trajo se había olvidado de mí. Le interesaban más otras cuestiones. Cierta tarde fue a ver a un amigo suyo, bastante más intruso que él. Hablaron de cosas referentes al viaje, de lo que había visto en la India, etc. y en un momento determinado me sacó de la la bolsa en que me llevaba. Su amigo me miró, pero no me prestó demasiada atención. Le interesaba más un trozo de tela de no se qué, que había encargado a su amigo antes de emprender el viaje. Cuando los temas de conversación parecían ago-